



El francés y los desafíos lingüísticos del siglo XXI

Cuando se habla de la lengua de Francia, no siempre se tiene en cuenta la enorme diversidad que presenta actualmente a lo largo y ancho de un país tan rico culturalmente. Sin embargo, muchas de las voces o costumbres que adopta el idioma complican tanto el trabajo de los traductores como la comunicación entre las distintas generaciones de franceses.

| Por las traductoras públicas **María Victoria Pinasco** y **Liliana Velasco**, integrantes de la Comisión de Idioma Francés |



Hoy, no hay un solo idioma francés, sino varios que difieren según la profesión, la región y el medio social, y según sea oral o escrito.

De acuerdo con una estadística brindada por el Instituto Nacional de Estadísticas y Estudios Económicos (INSEE), el 90 % de las personas que viven en Francia hablan francés. El 10 % restante corresponde a los inmigrantes. Pero lo que muchos ignoran es que este porcentaje nunca fue tan bajo como ahora. Prueba de ello es que, según una encuesta realizada en 1863 durante el Segundo Imperio, un cuarto de la población no hablaba el idioma nacional.

La cuestión es que ese 90 % no necesariamente habla el mismo francés. Cada profesión, por ejemplo, tiene sus propios términos. Los marinos a los cocineros les dicen *coq*; el bombero que se inicia es un *piaf*; en periodismo, no se habla de artículo, sino de *papier*.

Cada región aporta variantes idiomáticas, modismos, expresiones, etcétera. Por ejemplo, en Marsella a una chica de aspecto vulgar, es decir, excesivamente pintada y vestida con colores chillones para llamar la atención, se le dice *cagole*. En el sudoeste, los panaderos no venden *pains au chocolat*, sino *chocolatines*; en el Jura, a los fanfarrones se les dice *bragueurs*.

En cuanto a los diferentes niveles sociales, se observa que para definir una situación adversa se la califica, según el medio, de *mauvaise*, *nuisible* o *délétère*. En los barrios «sensibles», según un eufemismo en boga, se habla un lenguaje intencionadamente incomprendible para el resto de la población. Entre otras expresiones, es común oír, por ejemplo, *Elle me kiffe pas? Je m'en carre!*, equivalente a *Elle ne m'aime pas? Je m'en fous!*

Se ha producido, además, un notorio desfase entre el francés oral y escrito. Alain Rey, lexicógrafo, lingüista y redactor en jefe de las ediciones Le Robert, señala que desde el siglo xx el francés hablado ha evolucionado mucho. El pretérito anterior ha caído en desuso, se han multiplicado las abreviaturas tales como *proprio* o *prof* y no hay distinción entre la *a* de *patte* y de *pâte*. Este desfase no deja de preocupar a la Academia francesa. En opinión de su secretaria vitalicia, Hélène Carrère d'Encausse, el problema radica en que dicha evolución del francés oral, que es natural, coincide con un virtual estancamiento del francés escrito, que hasta fines del siglo pasado encarnaba el uso correcto del idioma. En la actualidad, no es así. Lamentablemente, se cuestiona también todo lo relativo a normas y errores.

Alain Rey discrepa abiertamente de esta opinión y sostiene que se debe tener en cuenta que hoy existen subnormas concurrentes, tales como las de los medios de comunicación, la escuela y los discursos políticos. Admite que es evidente que la clase que marca las pautas de la normativa del idioma ya no es más, como antes, la burguesía culta de Île-de-France.

Este cultor de la lengua francesa, si bien no aprueba necesariamente toda esta evolución, reconoce, en cambio, que el error sería una forma de subsanar las limitaciones del francés escrito y no una mera inobservancia de la norma. Vale decir, la falta o error incurrido estaría de alguna manera aportando nuevos elementos enriquecedores a la lengua, algo inaceptable para quienes siguen aferrados a la tradición.

¿Hasta dónde es admisible el cambio? ¿Cuándo se considera que hay error? Algunas incorrecciones irritan a los especialistas; otras, no tanto, como la casi desaparición del imperfecto del subjuntivo. Lo cierto es que una antigua regla de la lingüística establece que los errores de ayer se transforman en la norma de hoy. La dificultad radica en saber en qué momento se produce el cambio.

Nace una nueva forma de expresión: los SMS

Algunos consideran que empobrecen el idioma. Otros, en cambio, los celebran. Como quiera que sea, los SMS son uno de los inventos de la época.

Producto de una necesidad técnica, es decir, la de redactar mensajes en los celulares con menos de ciento sesenta caracteres para que no sea demasiado caro, han generado toda una ortografía específica, como son las abreviaturas (*lgtps* = *longtemps*), las transcripciones fonéticas (*koi* = *quoi*; *kan* = *quand*), las expresiones encriptadas (*mr6* = *merci*) y las frases hechas (*bjr, S kon s'voi 2m?* = *bonjour, est-ce qu'on se voit demain?*).

¿Es regresión? ¿Es inventiva pura? En realidad, depende del dominio del idioma que tenga el redactor. Según el lingüista Alain Bentolila, si una persona además de redactar SMS es capaz, llegado el caso, de expresarse en forma precisa y clara, no habría problema en utilizarlos. Por el contrario, se puede incluso considerar que se trata de un modo de expresión supletorio, lúdico y divertido. Lamentablemente, los SMS constituyen, a veces, el único medio de expresión de jóvenes provenientes de medios de bajos recursos. Se transforman entonces en una suerte de gueto lingüístico que los condiciona y limita cuando se pretende expresar una idea más o menos elaborada.

Casi la mitad del léxico francés general, que cuenta con sesenta mil palabras, se renovó en los últimos cincuenta años. El delegado general del idioma y de las lenguas regionales, Xavier North, asegura que varios términos antiguos cambiaron su significado, como es el caso de *souris* en informática; otros fueron creados con partes de otras palabras y recurriendo al uso de prefijos (*bioénergié*), de sufijos (*traçabilité*), de siglas (sida), de palabras compuestas (*lave-vaisselle*) o, directamente, a lenguas extranjeras (*tag*). En muchos casos, se trata de una creación espontánea. Los más jóvenes, los novelistas, los periodistas y los publicistas todos los días inventan alguna palabra o expresión, ya sea por necesidad o simplemente por jugar.

Cada año, surgen miles de palabras nuevas para incorporar al diccionario; no obstante, solo se aceptan unas ciento cincuenta. La selección es de alguna manera subjetiva, según explica Alain Rey, ya que los miembros de su equipo deben investigar las modalidades de uso de cada vocablo, como su frecuencia y su permanencia en el tiempo.

En Francia, en los últimos años, se crearon comisiones de terminología, encargadas de enriquecer el vocabulario especializado y de favorecer el uso del francés, en especial, ante el avance del inglés. Aunque reciben muchas burlas, estas comisiones consiguieron varios logros —por ejemplo, *tube* (por *hit*), *gros plan* (por *close up*), *navette* (por *shuttle*)—, que se impusieron aun cuando estos términos parecían anticuados. Existen otras palabras de uso fluctuante —por ejemplo, *courriel* y *mot-dièse*—, pero ya se sabe que el destino de estas nuevas palabras será siempre el mismo: el uso que se les dé o el contexto en el que estas tendrían vigencia.

El idioma, al igual que el hombre, está en constante evolución. Nuestra tarea como traductores es, por lo tanto, mantenernos actualizados y acompañar de cerca y atentamente dicha evolución. ■